

ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE



11.- LAS PATONAS

Dos años más transcurrieron y, finalmente, estábamos listos para dar el siguiente paso. Nos despedimos de Tijuana y, en un arrebatado de valentía, una noche empacamos nuestras pertenencias en un pequeño camión de mudanzas. Con la ayuda de Carlos, mi tío, cruzamos la frontera para establecernos en un diminuto departamento en San Diego.

Como era de esperar, LOBO, nuestro fiel compañero malamute, no era bienvenido en este tipo de viviendas. Por ello, nos vimos obligados a separarnos temporalmente, agradecidos de que Carlos lo recibiera en su hogar mientras buscábamos una mejor oportunidad para estar juntos nuevamente.

Así que, día tras día, en la mañana, al mediodía y después de salir de la agencia, corríamos con LOBO, lo alimentábamos, lo acompañábamos para que no se sintiera solo y, por las noches, salíamos a caminar con él, y explorábamos las tres las calles del complejo habitacional donde vivía Carlos.

Curiosamente, y en total contraste con lo que estábamos acostumbrados en México, las calles de los condados en San Diego son sumamente oscuras. Casi no tienen iluminación pública y están llenas de vida silvestre. Es común cruzarse con zorrillos, zarigüeyas, zorros, coyotes, halcones, búhos y águilas como parte del paisaje cotidiano.

Este contacto constante con la naturaleza despertó algo en nosotros. Y aunque para Mony y para mí la naturaleza siempre había sido valiosa, estas experiencias la magnificaron. De pronto, nuestros ojos buscaban las flores, identificábamos sus ciclos de floración y descubríamos los distintos tipos que crecían en cada zona. Comenzamos a distinguir los distintos tipos de nubes. Los animales parecían comunicarse entre sí... y con nosotros.

Un día, mientras circulábamos por una calle, vimos a una zarigüeya que intentaba cruzar. Se detuvo al vernos, como

esperando a que pasáramos, pero yo decidí cederle el paso. Hice un gesto con la mano para indicarle que podía cruzar.

Sorprendentemente, lo hizo con calma, sin prisa, sin miedo. Y lo que ocurrió después nos dejó atónitos: al llegar al otro lado de la calle, la zarigüeya se detuvo, volteó hacia nosotros y, con un leve movimiento de la cabeza, hizo lo que parecía una reverencia, como si estuviera agradeciendo el gesto. Fue un instante breve, pero nos voló la cabeza.

Desde entonces, todo cambió. Nos deteníamos a observar las nubes, el mar, los animales... la vida.

Nunca imaginé que aquellas visitas diarias con LOBO me llevarían a reflexionar tantas cosas. Para la mayoría de las personas en la ciudad, atrapadas en la rutina y las prisas, la naturaleza parece algo lejano, casi irrelevante. Los árboles, el cielo, las montañas no son más que un decorado ocasional, el telón de fondo de unas vacaciones; algo que está ahí, pero sin un papel real en la existencia. Inconscientemente, se le etiqueta como “mundano”, en el sentido erróneo que hemos heredado: algo común, sin trascendencia, carente de profundidad.

Pero al caminar aquellos días con LOBO entre los árboles, sintiendo el viento, escuchando a los pájaros, viendo las formas de las nubes en el cielo, entendí cuán equivocada es esa visión. Todo aquello que suele considerarse “mundano” era, en realidad, profundamente “vital”.

La palabra “mundano” proviene del latín *mundanus*, que significa “perteneciente al mundo”. Sin embargo, con el tiempo su significado se distorsionó, asociándose a lo trivial, lo superficial, lo opuesto a lo elevado. Y, sin embargo, ahí estaba yo, en medio de aquella inmensidad, dándome cuenta de que lo verdaderamente mundano no era la naturaleza, sino la vida en la ciudad: una existencia vacía, apresurada, que nos aleja de lo esencial.

Nos recordó que, lejos de ser algo ordinario, la naturaleza es un portal a lo sublime, una fuente inagotable de riqueza para el alma.

Y lo que muchos considerarían insignificante resultó ser lo más valioso. Y Mony y yo supimos, con certeza, que habíamos encontrado una nueva manera de ver la vida: una vida hermosa, plena y en armonía con lo esencial.

Fue en una noche oscura, como tantas otras en las que solíamos pasear a LOBO, que, mirando al cielo, me percaté de algo particular:

—Mira, esa estrella se ve como un dibujo —le comenté a Mony mientras caminábamos con LOBO.

—¿Cómo? —respondió ella, con curiosidad.

—Es como una estrella “patona”, se ven sus “patitas” —traté de describir.

La mirada de Mony solo expresó confusión. No había captado lo que le quería decir.

—Sí, se le ven las patitas como las estrellas en las caricaturas, o como la estrella que se coloca sobre el árbol de navidad —expresé, intentando aclararme.

—¡Es verdad! —exclamó Mony, con una sonrisa.

Era curioso: debido a la falta de contaminación lumínica, las estrellas resplandecían de manera especial, pero había solo algunas con ese brillo peculiar tan intenso que las hacía parecer “patonas”. Después de esa observación, a partir de ese día comenzamos a referirnos a estas estrellas especiales de esa manera, y nuestra vida adquirió una nueva dimensión llena de asombro y belleza al buscarlas en el cielo cada noche, al salir a pasear con LOBO.

Desde entonces, desarrollamos un inusual interés por observar las estrellas cada vez que podíamos, una práctica que pronto nos llevaría a un descubrimiento revelador.

Así, mirando las estrellas cada noche, pasó otro año y, finalmente, encontramos una casa donde vivir, donde nuevamente podíamos estar juntos con LOBO.

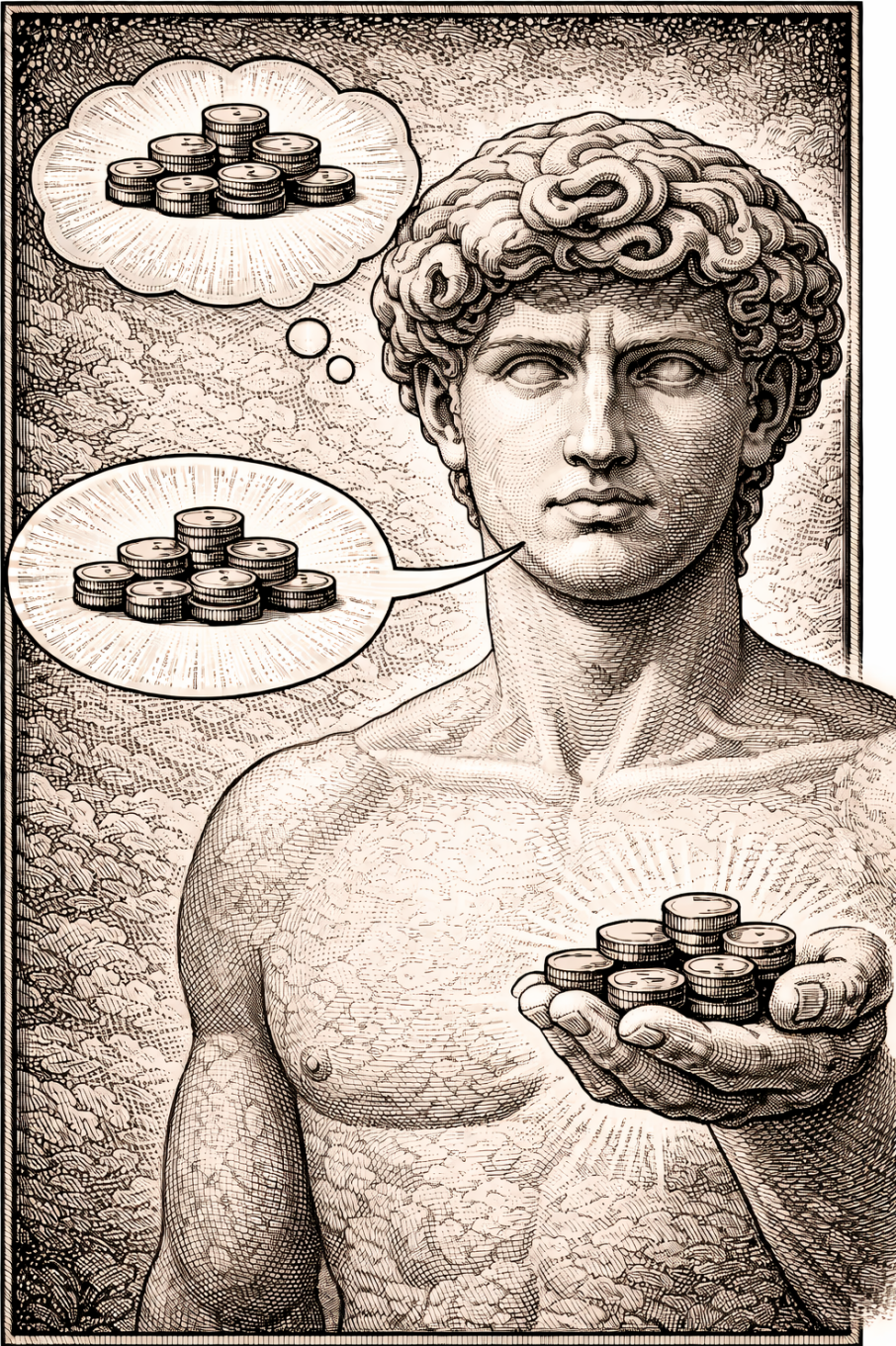
Era una casita muy sencilla en Imperial Beach, cerca de la playa, pero tenía lo único que necesitábamos en ese momento: un patio para él. Podía no tener baño, pero debía contar con ese espacio al aire libre para nuestro querido compañero, rodeado por una valla que le proporcionara seguridad.

Encontramos entonces ese lugar que cumplía con todo, con una cerca de arbustos que delimitaba el patio y lo aislaba del exterior. Aquel espacio, abierto al cielo y el singular aroma constante del mar, se convirtió pronto en parte de nuestra rutina diaria.

Fue justo en esa casita donde tendría lugar el revelador sueño con el mensaje de Angelismo, y en su patio, el encuentro extraordinario con el enigmático personaje barbado de mis sueños.

Este nuevo capítulo en nuestras vidas, no solo marcaba un cambio de lugar, sino también el inicio de una etapa que transformaría nuestra manera de comprender la vida.





12 • EL SECRETO

Después de mi experiencia con el sueño, la revelación del *ANGELISMO*, del enigma de Uriel y de la aparición de aquel misterioso hombre de barba cana y ojos color miel en nuestro patio, algo en el mundo parecía estar experimentando una metamorfosis. Se percibía una transformación latente, una inquietud por lo desconocido que trascendía lo cotidiano y lo trivial. Era una búsqueda interna, una interrogante que emergía en todas partes, y suponíamos que alcanzaba a muchas personas; nosotros no éramos la excepción.

El mundo, al parecer, estaba entrando en una especie de despertar metafísico y comenzaba a circular nueva información. Esta información empezaba a difundirse en esos momentos, como ha ocurrido a lo largo del tiempo en los múltiples despertares de la humanidad, a través de movimientos espirituales o filosóficos, de cursos de la nueva era o, como en el caso de Rhonda Byrne en noviembre de 2006, cuando dio a conocer al mundo su libro *El Secreto* (pocos meses después de que yo tuviera aquel revelador sueño del *ANGELISMO*).

Esta obra se convirtió en un *bestseller* y también dio lugar a una película documental del mismo nombre, lanzada en 2006.

El Secreto se centraba en la ley de la atracción y planteaba que los pensamientos, emociones y creencias sostenidas de forma constante podían influir directamente en los acontecimientos y resultados de la vida de una persona, independientemente de que estos fueran percibidos como positivos o negativos.

La fórmula central propuesta en *El Secreto* se basaba en la ley de la atracción y se sintetizaba de la siguiente manera:

Pensamientos: el libro sugería que los pensamientos poseen un poder magnético y creativo. Lo que se piensa, ya sea positivo o negativo, tiende a atraer experiencias y resultados similares.

Sentimientos y emociones: además de pensar en lo que se desea, se debe sentir como si ya se hubieran alcanzado las metas. Es importante experimentar emociones positivas y agradables relacionadas con los objetivos.

Creencias: se plantea la necesidad de creer firmemente que lo que se desea es posible y que se merece. Las creencias limitantes pueden bloquear la manifestación.

Visualización: imaginar con claridad y detalle aquello que se desea lograr, visualizándose a uno mismo habiendo alcanzado las metas.

Acciones: aunque *El Secreto* se enfoca principalmente en pensamientos y emociones, también enfatiza la importancia de tomar acciones alineadas con los objetivos.

En resumen, la idea central es que pensamientos, emociones, creencias y visualizaciones pueden atraer eventos y circunstancias alineadas con aquello que se desea en la vida. Esto se conoce como la ley de la atracción y, según *El Secreto*, puede utilizarse para manifestar resultados, tanto favorables como desfavorables, dependiendo de los estados mentales y emocionales sostenidos.

Al parecer, en los años previos a la llegada del 2012 comenzó a hablarse con mayor fuerza sobre la habilidad de crear nuestra propia realidad o, al menos, así me lo pareció a mí. Y aunque esta información ha estado siempre ahí, la sincronidad de recibirla en ese momento específico de nuestra vida resultaba notoria.

Notamos que tanto Jack Rosenberg como Rhonda Byrne coincidían en múltiples puntos, en términos de su enfoque en el pensamiento positivo, la creencia en el poder personal y la ley de la atracción, tales como:

- **Énfasis en el pensamiento positivo:** ambos enfoques destacan la importancia de mantener pensamientos positivos como parte del proceso para lograr objetivos.

- **Creencia en el poder personal:** tanto *El Secreto* como el *Landmark Forum* promueven la idea de que cada individuo puede influir en su propia vida y circunstancias.
- **Ley de la atracción:** ambos conceptos hacen referencia a que lo que uno piensa y siente puede influir en lo que atrae a su vida.
- **Visualización y enfoque en metas:** se resalta la importancia de visualizar y enfocarse en metas y deseos como parte del proceso de manifestación.

Conceptos reveladores que, con el tiempo y su estudio, me ayudaron a comprender un poco más ese fenómeno tan extraño que había estado manifestándose en nuestra vida: la creación de nuestra realidad en momentos muy notables y poco probables. Como cuando manifestamos entrar como proveedores de TELMEX; cuando Mony vio la casa a la que llegaríamos al dejar la Ciudad de México; o cuando manifestamos trabajar en el lugar que nos había encantado al llegar a San Diego, sin que existiera una sola posibilidad real de ello.

Uno de los ejemplos que comenzó a circular en ese contexto consistía en pensar, con voluntad, que se encontraría un lugar en el estacionamiento y, de esa forma, manifestarlo. Al final, aunque se presentaba como un ejercicio, para mí siempre quedó abierta la posibilidad de que la coincidencia jugara su papel en el resultado.

Sin embargo, lo que ya se había presentado anteriormente en nuestra vida —y lo que pronto volvería a manifestarse— iba más allá de un simple ejercicio aislado y terminaría por convencernos de que, en efecto, algo se activaba en nuestro interior, una suerte de proceso no del todo consciente que parecía influir, alterar o incluso crear la realidad.

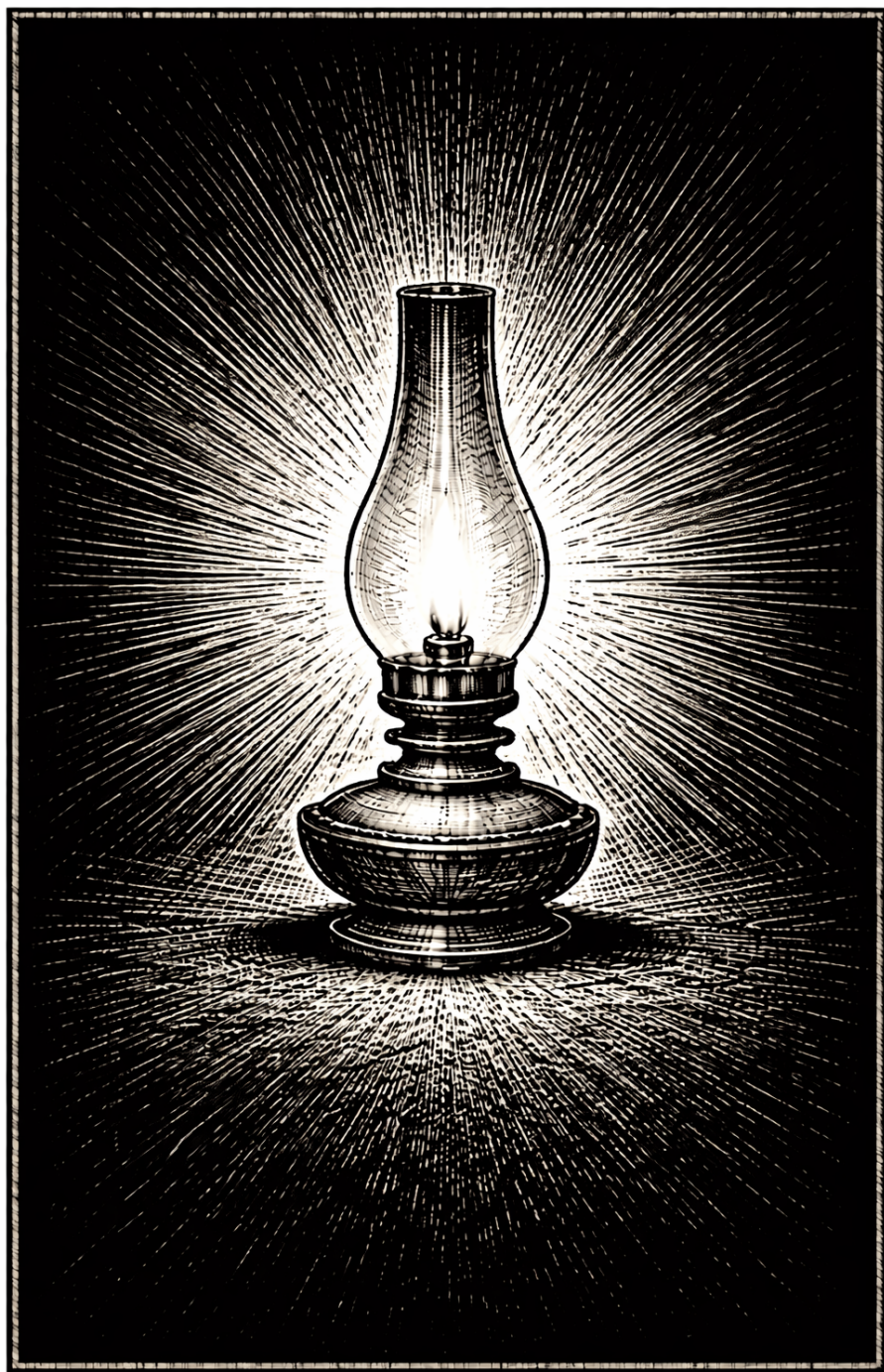
¿Por qué, justo en ese momento de nuestra vida, parecía llegar tanta información vinculada a estas ideas?

¿Qué significaban realmente todos estos cambios que comenzábamos a percibir?

¿Y qué relación podía guardar todo ello con el ANGELISMO y con aquel sueño revelador?

Pronto comenzaríamos a descubrirlo.





13.- APOCALIPSIS

Mi experiencia, vivida a través de lo que firmemente comenzaba a creer que era un mensaje entregado en los recovecos de un sueño, así como el misterioso peregrinar de un hombre de barba cana a lo largo de los años, nos condujeron, a Mony y a mí, por un sendero que jamás habíamos contemplado: el sendero de la espiritualidad.

En nuestras vidas abrazábamos convicciones que compartíamos, trazando juntos un rumbo inquebrantable, incluso cuando muchos cuestionaban nuestras creencias. Algunas veces, nuestras decisiones eran objeto de maledicencias, y otros elucubraban, creyendo tener respuestas a nuestras elecciones.

Sin percatarnos, nos uníamos así a la legión de personas en todo el mundo que tomaban una decisión similar. En efecto, desde la década de los 80, en Europa, a aquellos jóvenes que deliberadamente decidían no tener hijos se les denominaba *ChildFree* (libres de niños). En Estados Unidos se les conocía como *DINK* (*Double Income No Kids*), o, en otras palabras, parejas casadas o convivientes con dos ingresos pero sin niños. Esta elección, que en su momento desencadenó habladurías y especulaciones entre nuestro círculo más íntimo, irónicamente, con el tiempo nos daría la razón y se convertiría en tendencia.

Otra convicción que compartíamos, aunque nos costaba expresar con claridad, era la de que “no teníamos religión”. Explicarlo resultaba complicado, ya que, en aquellos días, la falta de adherencia a una religión era condenada despectivamente, considerada casi un pecado. Se nos etiquetaba como ateos, aquellos que, según la definición, no creen en ninguna deidad o ser supremo. No obstante, nosotros creíamos en un ser supremo, en un Dios creador, aunque no lo concibiéramos como el hombre barbado que habita en los cielos. Nuestra visión divina era más bien la de una entidad trascendental de la que todo emana.

Pero en aquel entonces carecíamos del conocimiento necesario para describir nuestra creencia. En lo más profundo de nuestro ser, sentíamos que la Iglesia y nosotros éramos incompatibles. Mi asistencia a misa era esporádica, y mis conocimientos religiosos se limitaban a lo más básico. Por ello, no podía autodenominarme católico. Mony y yo, sencillamente, adoptábamos lo que resonaba en nuestros espíritus del catolicismo, el cristianismo, el budismo y cualquier conocimiento espiritual que nos acercara a la búsqueda de lo que anhelábamos.

Con el tiempo, descubriríamos que nuestra forma de creer tenía un nombre: **deísmo**.

El deísmo es una postura filosófica que aboga por la existencia de un ser supremo o entidad divina, no necesariamente ligada a una religión organizada ni sustentada en escrituras religiosas específicas. Los deístas suelen creer en un Dios creador del universo, pero que no interviene activamente en los asuntos humanos ni revela su divinidad a través de profetas o textos sagrados. En resumen, el deísmo implica una creencia en un poder divino supremo sin los dogmas o estructuras religiosas tradicionales.

Así fue como Jack Rosenberg y Rhonda Byrne entraron en nuestras vidas en un momento de catarsis, durante nuestra metamorfosis espiritual. Nos ayudaron a comprender mejor lo que ya habitaba en nuestro interior, aunque aún no pudiéramos definirlo por completo.

Estas elecciones y creencias que no encajaban en el molde religioso me llevaban a cuestionarme una y otra vez: ¿por qué yo?, ¿por qué había recibido un mensaje que parecía tener connotaciones religiosas?, ¿por qué de pronto el sello de Uriel?, ¿por qué un mensaje que destilaba un aire apocalíptico?

Apocalíptico... tal vez esa fuese la clave.

Pero... Que es el Apocalipsis? Solo habla de esto la Biblia? Asi que... investiguè y encontré información MUY interesante en diferentes religiones, mitos y leyendas.

Apocalipsis bíblico

En aquel instante, la palabra *Apocalipsis* disparaba en mi mente la imagen del fin del mundo, una percepción que con el tiempo cambiaría, como mencioné antes, gracias a uno de los tesoros más grandes que se me otorgarían: la verdadera comprensión de las palabras.

Sin embargo, quedémonos por lo pronto con el significado relacionado con el fin del mundo y su percepción general.

Las profecías del Apocalipsis, tanto en la cristiandad católica como en sus variantes protestantes, ocupan un lugar esencial en la teología cristiana. Estas profecías se basan en pasajes bíblicos, especialmente en el libro del Apocalipsis —o Apocalipsis de San Juan— que yace en las páginas del Nuevo Testamento.

Escrito por el apóstol Juan, este libro es un abismo de simbolismo y visiones apocalípticas que hablan sobre el fin de los tiempos y los eventos que envuelven la segunda venida de Jesucristo.

Las profecías del Apocalipsis nos presentan descripciones de sellos y trompetas resonando en los cielos, manifestaciones de juicios divinos que desencadenarán estragos en la Tierra. Estos juicios se simbolizan a través de catástrofes y anuncios celestiales, indicando momentos de purificación y renovación que marcarán un nuevo comienzo. Además, se nos habla de la batalla final entre el bien y el mal, la resurrección de los muertos y la instauración del nuevo cielo y la nueva tierra.

“Purificación y renovación”, “lucha entre el bien y el mal”, “sellos y trompetas retumbando como truenos en los cielos”... Sentía que comenzaba a hallar elementos que se entrelazaban con mis sueños.

No sabía si esto debía llenarme de temor o de emoción, pero puedo afirmar con seguridad que me conmovió profundamente.

¿Cuál era el mensaje que había recibido?
Y, sobre todo, ¿cómo debía interpretarlo?

El fin de los tiempos, los momentos de purificación y renovación, el Apocalipsis y la transformación... ¿guardaban alguna relación?

El año 2012 se encontraba a poco más de cinco años en el horizonte en aquel momento, y la profecía maya comenzaba a fluir en la mente colectiva de las personas, como suele suceder con fechas trascendentales, generando expectativas y reacciones. Así que, con el propósito de adentrarme más en la comprensión de los mensajes que habían llegado a mí a través de mis sueños —tales como *Angelismo o La Deshumanización del hombre*, *La marca en la puerta*, *Quédate en tu casa*, *Uriel* y otros— inicié una búsqueda acerca de la célebre profecía maya y su relación con el Apocalipsis.

Apocalipsis maya

Los mayas, una antigua civilización mesoamericana que floreció en lo que hoy conocemos como México y América Central —específicamente en las regiones que abarcan los actuales México, Guatemala, Belice, Honduras y El Salvador— dejaron un legado de escritura jeroglífica y un calendario de asombrosa precisión que aún hoy se estudia y se admira con reverencia.

El calendario maya es un sistema sumamente intrincado, conformado por diversos ciclos de tiempo que se entretejen de manera única. Uno de los calendarios más prominentes es el *Calendario de la Cuenta Larga*, empleado para medir extensos periodos temporales.

Este calendario echa raíces el 11 de agosto del año 3114 a. C., según el calendario gregoriano, y, de acuerdo con su singular sistema, abarca un ciclo de aproximadamente 5,125.36 años.

En la cosmogonía maya, el 21 de diciembre de 2012 marcaba el cierre de un ciclo en la Cuenta Larga, una fecha que desencadenó especulaciones sobre el fin del mundo. Esta coyuntura se popularizó como el “fin del mundo maya” o el “apocalipsis maya”.

Sin embargo, conviene recalcar con vehemencia que los eruditos y especialistas en la cultura maya no consideraban que este día anunciara el fin del mundo. En realidad, lo interpretaban como la conclusión de un ciclo en su calendario, específicamente el término del decimotercer baktún, que se traduce aproximadamente en 5,125.36 años en el calendario gregoriano.

Su visión del año 2012 denotaba la idea de un cierre de ciclo, el preludio de un nuevo comienzo. Algunos incluso creían que el decimotercer baktún podría estar vinculado a un periodo de cambios significativos y desafíos, marcando el inicio de una nueva era de conciencia y espiritualidad, una época que denominaron *El Tiempo del No Tiempo*.

En la concepción maya, el *Tiempo del No Tiempo* se asocia con el periodo de transición entre dos eras. No se interpreta como una ausencia absoluta de tiempo, sino como una mutación, un cambio profundo en la conciencia.

Para mi sorpresa, nuevamente encontré los conceptos de fin e inicio, de transformación, resonando con el Apocalipsis bíblico.

Esta enigmática convergencia me instó a profundizar en mi investigación y a buscar conexiones entre estos sucesos y mis sueños, lo que me condujo al descubrimiento de la cultura Hopi.

Los Hopi

Los Hopi, nobles custodios de una sabiduría ancestral, son una tribu de nativos americanos que habita en el suroeste de los Estados Unidos. Su creencia en ciclos cósmicos de destrucción y renovación forma el epicentro de su mitología, plagada de relatos que narran el ocaso de antiguos mundos, arrasados por

inundaciones y cataclismos. No obstante, en estas leyendas resplandece la esperanza: aquellos que abrazaron las enseñanzas espirituales lograron sobrevivir, renaciendo en un mundo rejuvenecido.

En la cosmología Hopi surge Paana, también conocido como Maasaw, una figura central y poderosa, venerada como guardián de la Tierra y protector del acceso al Cuarto Mundo, el ciclo presente en el que habitamos.

El Cuarto Mundo representa una etapa de desafíos y pruebas espirituales. Según sus tradiciones, los mundos anteriores sucumbieron al desequilibrio y a la falta de respeto hacia las enseñanzas espirituales. Por ello, los Hopi asumen la responsabilidad de mantener la armonía con la Tierra, en aras de evitar su ruina.

Las señales del fin del Cuarto Mundo

Los antiguos sabios Hopi identificaron signos que podrían augurar el ocaso del Cuarto Mundo: desastres naturales, conflictos y guerras, la pérdida de armonía con la naturaleza, la corrupción espiritual y, paradójicamente, un posible renacimiento espiritual.

Estas señales forman parte de su cosmovisión y no deben interpretarse como predicciones literales o universales, sino como llamados éticos y espirituales.

Las Kachinas Azul y Roja

Los Hopi veneran a las Kachinas, espíritus que encarnan fuerzas de la naturaleza y principios espirituales. Entre ellas destacan la Kachina Azul y la Kachina Roja.

En la tradición Hopi, la manifestación asociada a las Kachinas se presenta en el cielo y es descrita en sus relatos como una **estrella visible**, no en un sentido astronómico moderno, sino como una **señal sagrada destinada a ser observada, que aparece cuando la humanidad alcanza un punto crítico de desequilibrio y debe decidir su rumbo**.

Esta estrella aparece primero azul, vinculada a la Kachina Azul, anunciando la posibilidad y la urgencia del cambio: el regreso a una vida en armonía con la Tierra, con los otros y con el espíritu. Es una advertencia compasiva, un llamado a corregir el rumbo antes de que el desequilibrio se vuelva irreversible.

Solo si la humanidad decide ignorar esa oportunidad, la misma manifestación se torna roja y se asocia entonces con la Kachina Roja, símbolo del proceso de purificación que llegará, cuando se persiste en el desequilibrio, el materialismo y la desconexión espiritual.

En esta visión, la estrella no impone un destino: **lo refleja**. Cambia según la respuesta humana. El cielo muestra aquello que la conciencia colectiva ha decidido.

La mera casualidad no podía explicar esta convergencia. Había un misterio en estas enseñanzas, una verdad subyacente que agitaba las mentes de quienes se atrevían a contemplarla. Entonces surgió una nueva pregunta: ¿existía otra civilización que compartiera esta misma concepción?

La respuesta fue clara: sí, la mitología nórdica y su Ragnarok.

El Ragnarok (mitología nórdica)

El Ragnarok es el apocalipsis vikingo, una danza final de dioses y monstruos que marca el fin de una era y el nacimiento de otra. A través de los poemas eddicos y la Edda prosaica de Snorri Sturluson, se describe un mundo sumido en el caos, donde la

decadencia moral y la liberación de fuerzas destructivas anuncian la transformación final.

Al igual que en el Apocalipsis bíblico, las profecías mayas y las enseñanzas Hopi, el Ragnarok presenta a la humanidad —y a los dioses— ante una elección: renovación o destrucción.

En todas estas visiones emerge una verdad universal: la elección personal y colectiva tiene un poder inmenso. Aquellos que optan por la renovación espiritual pueden convertirse en arquitectos de una nueva era; quienes persisten en la corrupción enfrentan la decadencia.

Quizás vivimos un tiempo de despertar espiritual, un cruce de caminos donde cada uno debe decidir qué sendero seguir.

A veces, la explicación más simple suele ser la verdad, como nos enseña la Navaja de Occam. En esta travesía a través de mitos y leyendas, una verdad se yergue ante nosotros:

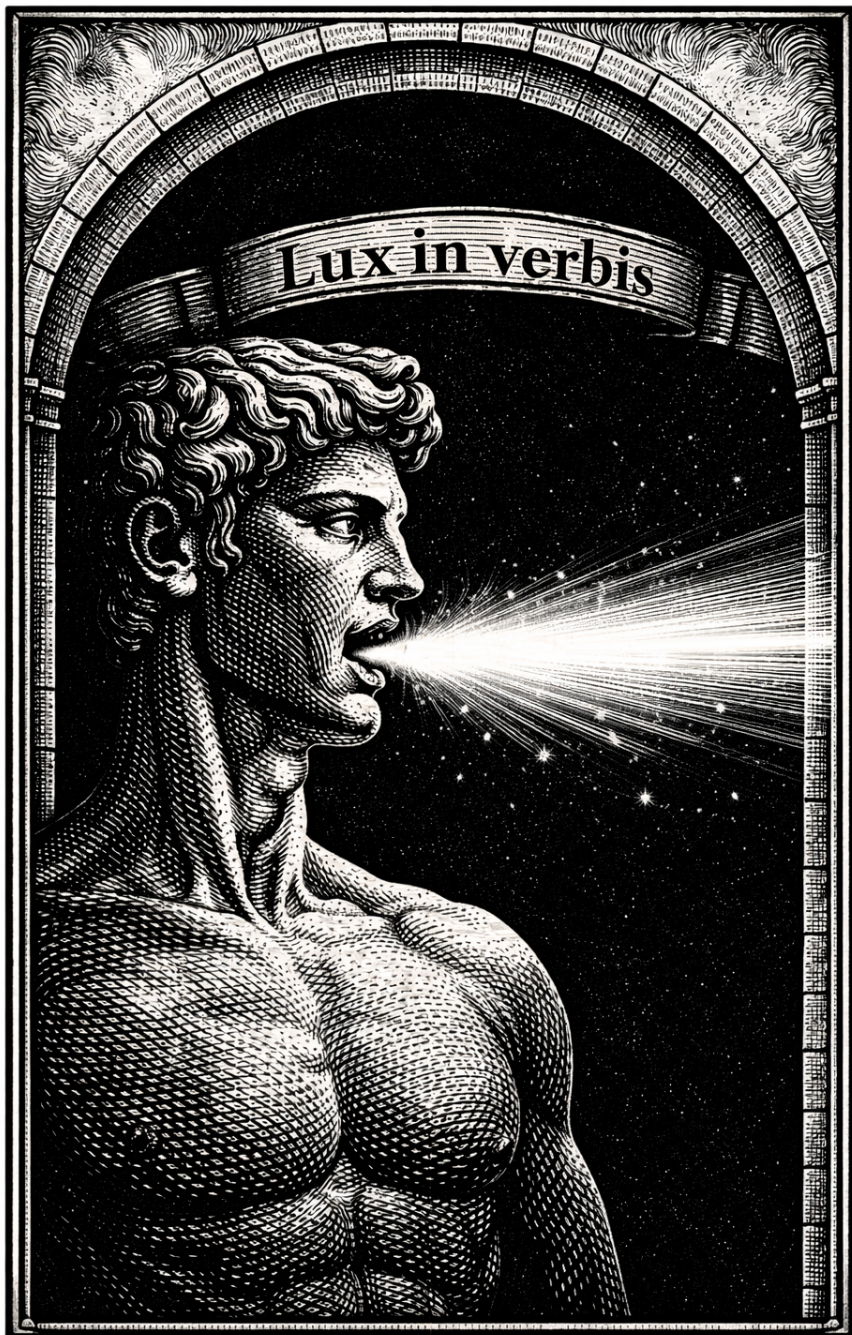
El Angelismo —o “la deshumanización del hombre”, como se interpretó— quizá sea un reflejo de nuestra propia naturaleza. Una llamada de atención para despertar de un largo sueño y tomar las riendas de nuestro destino, antes de que sea demasiado tarde.

Y, si esto es así...

¿escucharemos el llamado?

Solo el tiempo lo dirá.





14.- EL VERDADERO SIGNIFICADO DE LAS PALABRAS

En un abrir y cerrar de ojos, transcurrieron dos años desde aquellos reveladores sueños y la última visita del misterioso hombre barbado que dejó su enigmático mensaje en mi patio. Dos años de descubrimientos y revelaciones, en los que me embarqué en la búsqueda del auténtico significado de aquel mensaje, aceptando con humildad su autenticidad, aunque el porqué aún se me escapaba entre sombras.

Una certeza persistía en mi mente: ese mensaje encerraba una invitación al despertar espiritual, una llamada a sanar y recuperarnos antes de que fuese demasiado tarde. Sin embargo, las responsabilidades cotidianas y los compromisos en la Agencia, que generosamente continuaba brindándonos el sustento en esta tierra ajena, me alejaron temporalmente de la investigación y el cuestionamiento acerca del ANGELISMO y los mensajes recibidos.

Pero, como el destino tiene sus propios planes, pronto me encontré inmerso en una nueva experiencia: conversaciones mentales que emergían en mi interior.

Descartando la posibilidad de sustancias alucinógenas y cualquier otro factor conocido que pudiera dar sentido a estas voces, esta voz comenzó a “hablarme” sin motivo aparente.

Permítanme compartir un episodio de esta experiencia.

No se trata de escuchar una voz proveniente de una fuente externa, ni tampoco de creer que uno escucha algo similar a una voz en el sentido convencional. De hecho, podría afirmar que físicamente no escucho nada; esta voz simplemente aparece en mi mente. Lo

peculiar es que surge cuando albergo una pregunta inquietante y llega como respuesta. Estas respuestas no son monosilábicas; es decir, no se limitan a un simple “sí” o “no”, como en la famosa película en la que Anthony Hopkins conversa con la Muerte.

Por el contrario, esta voz entabla conmigo diálogos naturales, tan fluidos que en ocasiones ni siquiera me percaté de su presencia hasta que ofrece una respuesta que impacta profundamente en mi vida y que a veces no esperaba.

Este fenómeno me recuerda mucho a aquellos días en los que decidimos dejar la Ciudad de México atrás. En ese entonces, una voz insistente planteó una pregunta que resuena aún en mis recuerdos:

“¿Qué vas a hacer?”.

Esa voz no solo formulaba la pregunta, sino que también mantenía diálogos mentales conmigo, dejándome en la mayoría de las ocasiones un mensaje claro y conciso.

A veces podría confundir estas interacciones con un proceso de inspiración creativa, pero sería muy arrogante de mi parte atribuir estas reflexiones únicamente a mis pensamientos, ya que en muchas ocasiones eran respuestas directas a las preguntas que me inquietaban y cuyo resultado era, sinceramente, totalmente desconocido para mí.

Otras veces, esta voz simplemente dejaba en mí una reflexión profunda, cuyo significado no quedaba del todo claro en ese momento, pero decidí nunca ignorarlas.

A continuación, comparto algunos ejemplos de estos mensajes:

Cuando, en su tiempo, tuve ese momento de duda acerca de continuar con el Foro, recibí el siguiente mensaje:

“La iluminación es un destino al que no puedes comprar un boleto. Aquellos que ya han alcanzado ese estado pueden intentar describirte todas las maravillas que encontrarás, pero nunca

comprenderás su belleza hasta que lo experimentes por ti mismo. Es un viaje espiritual al que solo te unirás si realmente lo deseas”.

En otro instante, en un momento de inquietud cuando recomenzamos nuevamente nuestra vida y que otorgó paz tanto a Mony como a mí, las palabras llegaron con claridad:

“Nunca debes tener incertidumbre sobre el resultado de algo en tu vida. Debes mantener la certeza y solo buscar el camino para hacerlo realidad”.

Uno de los momentos más memorables ocurrió cuando unos amigos nos informaron en el último momento que estarían de paso por Jerusalén, específicamente visitando el Muro de los Lamentos, también conocido como el Muro Occidental o *Kotel* en hebreo. Este lugar sagrado alberga un profundo significado religioso para los judíos y una conmovedora tradición relacionada con la práctica de dejar notas en las ranuras del muro. Estas notas, conocidas como *kvitlach* en yiddish o “peticiones” en español, suelen contener peticiones personales, oraciones, deseos y expresiones de devoción.

Mony me pidió que escribiera una nota rápidamente para que se la llevaran consigo y, en ese momento, tomé pluma y papel y escribí, como si me dictaran las palabras, lo que hoy llamamos “La Oración de la Casa”. A continuación, la comparto con ustedes:

“Que la luz divina cubra nuestras vidas, alineando los colores de nuestra energía vital para que la salud sea constante, la armonía sea permanente y la alegría, la gratitud y la fe llenen todos los días de nuestras vidas, como hasta hoy.

Que el amor encuentre siempre la forma de hacer vibrar nuestros corazones, conmoviéndonos y emocionándonos por siempre, haciendo sentir nuestro amor a quienes queremos y sintiendo el amor de quienes nos quieren.

Que la buena fortuna esté siempre al alcance de nuestros esfuerzos y que el éxito permanezca en todo lo que emprendamos; y que el

poder de nuestra palabra sea tan fuerte que abra todas las puertas, derribe todos los muros y que lo que decretemos... SEA.

Danos fuerza para continuar y danos paciencia para saber esperar por tu ayuda, que siempre nos llega”.

En algún momento, confieso que, después de haber recibido la visita del hombre barbado en mi patio, en donde me dejó el mensaje de: “Vive una Vida Hermosa”, mi ignorancia se hizo presente y llegué a preguntarme:

“¿Cómo?”.

De hecho, cuando Mony y yo lo platicamos en esa ocasión, analizamos las posibilidades de lo que podría ser. Así que sí, la pregunta seguía rascando mi mente incansablemente, de una manera tal vez un poco insidiosa, pues estaba ahí todo el tiempo:

“¿Qué es vivir una vida hermosa?”.

Una mañana, mientras me adelanté y estaba preparando el desayuno para los tres (Mony, Lobo y para mí), la pregunta era constante y casi salía por mis labios en voz alta; de pronto, la respuesta llegó:

“Busca el Amor, encuéntralo y ama profundamente”.

En el momento la recibí con humildad y agradecimiento, pero mi mente básica, con sus conceptos “actuales”, no la aceptó del todo, si debo ser sincero.

Se me hacía una respuesta... como se dice aquí para los cursos básicos: *101*.

Fue ese cuestionamiento mudo el que, al parecer, no pude ocultar en mi mente y, poco después, una de las revelaciones más grandes me fue entregada, algo que cambió mi vida para siempre.

La revelación se presentó en forma abstracta; es decir, fue como si hubiera tomado una cápsula de liberación prolongada, en donde el componente entra al cuerpo y poco a poco hace efecto. Así fue.

El concepto llegó como si de un paquete informático se tratara y poco a poco se descargó en mí.
No puedo explicarlo de otra forma...

Es como si ves el nombre de un archivo contenido en un USB, mas no puedes ver lo que contiene hasta el momento de descargarlo. Así fue. La voz tal vez dijo solo un par de palabras, pero estas se convirtieron en todo un concepto en mi mente.

La voz solo dijo:

“Recuerda el verdadero significado de las palabras”.

Todo un paquete de información se descargó en mí y se convirtió en conceptos y palabras.

Básicamente, el concepto es el siguiente:

A lo largo de los años, hemos perdido el verdadero significado de las palabras, pero hay algunas que podríamos considerar “sagradas”, y otras con “raíz” o compuestas.

Palabras sagradas como:

Amor, Agradecimiento, Perdón, Honor, Lealtad, Confianza, Madre, Padre, Hijo, Salud, Felicidad, etc.

Son palabras que, de alguna manera, hemos tergiversado en su verdadero significado, tornándolo vano, vacío.

Sin pretender entrar en temas religiosos, pero solo como ejemplo, es como cuando en la Biblia se dice:

“No pronunciarás el nombre de Dios en vano”.

La esencia de esta instrucción es mostrar respeto y reverencia hacia el nombre de Dios, evitando usarlo de manera irrespetuosa, frívola o sin una razón significativa. Es exactamente lo mismo que ha pasado con las palabras “sagradas”.

Un ejemplo muy claro es la palabra que nos ocupa con este mensaje: AMOR.

Tal vez la mayoría respondería de inmediato que sabe qué es el amor.

¿Amor? ¿Quién no va a saber qué es?

Pero... ¿realmente lo sabemos?

Voltea a ver el mundo. Observa cómo muchos hombres y mujeres caen en relaciones nocivas, sin respeto, sin amor. Relaciones tan carentes de respeto, que son frágiles y conducen a la decadencia de la familia.

Desde siempre se ha tratado de definir el amor y nadie ha logrado encapsularlo en una definición única, universalmente aceptada en un diccionario, como sí ocurre incluso con palabras tan complejas como “esternocleidomastoideo”. En última instancia, no importa la definición de la palabra “Amor” importa lo que el “amor” es.

Esto es importante de comprender, pues podríamos diferenciar **cinco tipos de palabras**: las dos primeras, primordiales; y las últimas tres, de uso general.

Palabras sagradas, valorativas y relacionales.

Palabras sagradas valorativas. Son palabras con un alto valor emocional y moral, cargadas de significado. No describen objetos ni situaciones: describen una forma de vivir. Son palabras que, cuando se pronuncian, no solo se dicen: **se invocan.**

- Respeto
- Dignidad
- Responsabilidad
- Honestidad
- Justicia
- Libertad

- Solidaridad
- Lealtad
- Empatía
- Compasión
- Tolerancia
- Gratitude
- Integridad
- Honor
- Amor

A estas palabras, el mundo las conoce como: “Valores Humanos.” Y no tuvieron un fundador ni surgieron de una sola corriente filosófica. Han sido identificadas, reconocidas, compiladas y transmitidas a lo largo del tiempo por distintas culturas, pensadores y filósofos, porque la experiencia humana las fue revelando como necesarias para **convivir, confiar y construir**.

Desde mi punto de vista, los valores humanos no son ideas abstractas ni normas impuestas; son **palabras que nombran experiencias esenciales de conciencia, respeto y convivencia**, y que nos invitan a actuar con responsabilidad frente a los demás y frente a nosotros mismos.

Tomemos como ejemplo la palabra **integridad**. Como se plantea en el Foro Landmark, actuar con integridad es **pensar, decir y hacer en congruencia**. Es decir, que no exista ruptura entre lo que uno cree, lo que expresa y lo que finalmente hace. Cuando esa congruencia se pierde, no solo se rompe la palabra: **se debilita el valor que la palabra sostiene**.

Palabras sagradas relacionales

Dentro de las palabras sagradas existen también aquellas que no nombran valores, sino **vínculos humanos esenciales**, espacios donde los valores se aprenden, se practican o se traicionan:

- Madre
- Padre
- Hermano
- Hermana
- Hijo
- Hija
- Familia
- Amistad
- Pareja

No son valores en sí mismas, pero **ponen a prueba todos los valores**. Son palabras que merecen respeto no por lo que significan en el diccionario, sino por lo que representan en la vida.

Por eso, cuando una palabra sagrada —ya sea un valor o un vínculo— se utiliza sin conciencia, el valor que encierra comienza a diluirse en la práctica. La palabra sigue existiendo en el lenguaje, pero pierde su peso en la vida cotidiana.

Palabras con raíz o compuestas

Son palabras cuyo verdadero significado no se encuentra en su uso cotidiano, ni en una definición de diccionario, sino en su **origen etimológico**. Están formadas por raíces que, al unirse, contienen un concepto mucho más profundo del que hoy solemos percibir. Comprender su raíz es una forma de **recordar lo que realmente significan**, más allá del hábito con el que las pronunciamos.

Por ejemplo, ¿sabías que la palabra **persona** proviene del latín *personare*?

Originalmente no se refería al individuo como tal, sino a la **máscara** que utilizaban los actores en el teatro, al personaje que se representaba. Con el tiempo, la palabra pasó a nombrar al individuo, pero su origen nos invita a preguntarnos cuán lógico es que cada uno de nosotros viva, muchas veces, como un personaje. Y así, con el paso del tiempo, la palabra terminó usándose para referirse a los individuos mismos.

Otra palabra que solemos usar sin ser conscientes de su peso es **recordar**.

Proviene del latín *recordari*, compuesto por *re* (volver) y *cordis* (corazón). Recordar no es solo traer algo a la mente, sino **volver a pasarlo por el corazón**. Tal vez por eso, cuando recordamos de verdad, también sentimos.

¿Y qué me dices de **educar**?

Del latín *educere*, que significa **sacar hacia afuera**. Educar no era llenar a alguien de información, sino ayudarle a extraer lo que ya lleva dentro. La educación se refería a sacar a la luz el potencial que cada uno posee. Una idea que, con el tiempo, se ha ido perdiendo.

Quizá esta te sorprenda tanto como a mí: **religión**.

Del latín *religare*, que significa **volver a unir**. Más allá de credos o instituciones, su raíz habla de reconexión, no de separación. Probablemente no es lo que creías.

Estas palabras nos muestran que el lenguaje, en su origen, no era superficial ni accidental. Cada término encerraba una intención clara, un sentido profundo, una manera de comprender la experiencia humana.

Cuando olvidamos la raíz de las palabras, no solo empobrecemos el lenguaje; **empobrecemos la comprensión que tenemos de nosotros mismos y de nuestra relación con el mundo**.

Palabras técnicas o específicas

Son términos precisos utilizados en contextos concretos, como esternocleidomastoideo, voltaje, internet o protón. Son palabras exactas y necesarias, pero **emocionalmente neutras**.

Palabras cotidianas

Son palabras de uso diario, como mesa, calle, mañana o auto. Cumplen su función comunicativa, pero no poseen una carga simbólica profunda.

Palabras vacías

Una palabra se vuelve vacía cuando se utiliza sin conciencia de lo que realmente significa. No es la palabra la que pierde su valor, sino **la forma en que la usamos**.

Pensemos en la palabra *amigo*.

Llamamos amigo a quien ha estado presente en momentos difíciles, a quien escucha sin juzgar, a quien demuestra con hechos su cariño y su lealtad. Ese amigo ocupa un lugar especial; su nombre pesa.

Pero la misma palabra se vuelve ligera cuando se utiliza como muletilla para cualquiera que se cruza en el camino: el conocido reciente, el contacto ocasional, el saludo automático. En ese uso, *amigo* ya no nombra un vínculo, solo llena una frase.

Lo mismo ocurre con la palabra *perdón*.

Pedir perdón implica conciencia, humildad y responsabilidad emocional. Implica reconocer el daño causado, asumirlo sin defensas y abrir un espacio real para la reparación.

Sin embargo, hay casos en los que el perdón se convierte en una **falsa disculpa** y en una forma de **evasión moral**. Ocurre cuando una persona reconoce su error, pero no hace nada por cambiarlo; cuando el daño se repite día tras día y la única respuesta es un “ay, perdón”, “perdóname”, “perdón, perdón...”, pronunciado casi de manera automática.

En esos casos, el perdón deja de ser un acto de conciencia y se transforma en una coartada verbal. La palabra se utiliza para aliviar la incomodidad del momento, no para asumir la responsabilidad del daño. No hay intención de reparar, solo de cerrar el tema rápidamente y continuar igual.

Cuando el error es consciente, se repite constantemente y el perdón se vuelve rutinario, la palabra ya no busca sanar: busca justificar. Se convierte en ruido emocional que normaliza el daño y anestesia la conciencia, tanto de quien lo dice como de quien lo escucha.

Así, una palabra sagrada puede transformarse en palabra vacía cuando se pronuncia sin intención, sin presencia y sin compromiso con el cambio. La palabra sigue sonando correcta, incluso educada, pero ha perdido su capacidad de sostener un acto verdadero.

Cuando una palabra se usa sin conciencia, deja de ser palabra y se convierte en hábito.

Y cuando el lenguaje se vuelve hábito, la vida comienza a vivirse de la misma manera.

Las palabras no se desgastan solas.

Somos nosotros quienes las vaciamos al pronunciarlas sin presencia, sin intención y sin respeto por lo que nombran.

Por eso, recordar el verdadero significado de las palabras no es un ejercicio lingüístico:
es un acto de conciencia.

Porque en la medida en que recuperamos el peso de una palabra, recuperamos también el valor del vínculo, la profundidad de la emoción
y la verdad de la experiencia que esa palabra debería sostener.

Y quizá ahí comience algo más grande:
una forma distinta de hablar,
una forma distinta de relacionarnos,
y, poco a poco,
una forma más consciente de habitar la vida,

dándole valor a lo que verdaderamente lo merece.

Por eso, lo que nos ocupa no es aprender nuevas palabras, sino **recordar** las que ya usamos todos los días.

Palabras como *honor*.

Durante mucho tiempo, la palabra dada y un apretón de manos bastaban para sellar un acuerdo. No hacía falta firmar nada más, porque la palabra tenía peso. Hoy, el honor sigue existiendo en el diccionario, pero rara vez en la práctica; los contratos extensos han reemplazado la confianza, y la palabra se volvió frágil.

O la palabra *madre*.

Su significado original nombra cuidado, origen, vida, entrega. Sin embargo, en muchos contextos actuales se utiliza de forma vulgar o insultante. La palabra permanece, pero su respeto se ha erosionado. A esto se le conoce como degradación semántica: cuando una palabra sigue sonando, pero ya no honra lo que representa.

Lo mismo ocurre con palabras como *juramento*, *amor* o *familia*. No han desaparecido del lenguaje, pero han perdido, en muchos casos, su peso en la experiencia cotidiana.

Por eso el mensaje no es complejo ni nuevo:

“Recuerda el verdadero significado de las palabras”.

Recordar la magia que existe en ellas y en su correcto uso.

Porque cuando comprendes de verdad el significado del amor, lo respetas.

Cuando comprendes el honor, tu palabra basta.

Cuando comprendes la salud, sabes que es un regalo invaluable y que no se compra cuando se pierde.

Otra forma de recordar es volver al origen.

Por ejemplo, la palabra *benedicir*.

Del latín *benedicere*: *bene* (bien) y *dicere* (decir).

Benedicir es, literalmente, **desear el bien con la palabra**.

Y su contraparte, *maldecir*, proviene de *male dicere*: **desear el mal con la palabra..**

No es necesario pronunciarlo en voz alta.

Un pensamiento cargado de emoción puede bendecir o maldecir.

La palabra, incluso en silencio, conserva su poder.

Por eso, lo importante no es la definición, sino el significado.

No lo que una palabra dice en un diccionario, sino lo que sostiene cuando la usamos con conciencia

Te invito a identificar las palabras sagradas que merecen ser honradas, devolviéndoles su significado perdido. A esto se le llama restauración semántica.

Y espero que, al hacerlo, comprendas finalmente el sentido del mensaje del hombre de barba cana y ojos color miel, que para mí ahora estaba completo:

“Vive una Vida Hermosa, busca el Amor, encuéntralo y ama profundamente”.





15.- AQUÍ VAMOS A VIVIR

Abril de 2008 había llegado y, hasta ese momento, el mensaje y el sueño que había compartido solo con Mony habían adquirido una dimensión de familiaridad. La propuesta ya no era solo mía, pues ella también la hacía suya. Esta conjunción no generó disonancias; por el contrario, sentíamos que estábamos en el camino correcto, en armonía con el destino que nos había sido revelado.

La implementación de aquellos conceptos, junto con otros que habíamos ido forjando a partir de experiencias y creencias personales respecto al poder de la palabra como medio para moldear la realidad, se había convertido en algo sólido. Sin embargo, no alcanzábamos a vislumbrar cuán lejos nos llevaría.

Una mañana, durante una jornada agitada en la Agencia, el teléfono sonó de forma inesperada. Decidimos dejar que la contestadora cumpliera su función, reproduciendo aquel mensaje que Mony había grabado y que nos resultaba curiosamente divertido.

—Gracias por llamar a LOBO MEDIA. En estos momentos, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas. Por favor, deje su nombre, su mensaje y el número de su compañía, y con gusto nos comunicaremos con usted más tarde.

Nos divertía la formalidad de aquel mensaje, pues en realidad solo teníamos un número de teléfono y, en LOBO, Mony y yo éramos todo el equipo. Pero estábamos convencidos de que “para ser, primero hay que parecer”.

El *beep* de la contestadora se hizo presente y una mujer comenzó a dejar su mensaje. Al parecer, alguien le había recomendado nuestra Agencia y estaba interesada en solicitar una cotización para la creación de la imagen de su nuevo negocio de ropa infantil.

Esperamos unos minutos antes de devolver la llamada al número que había proporcionado. Concretamos una cita para el día siguiente por la mañana y nos brindó su dirección, además de algunas indicaciones para llegar.

En ese momento, el uso del GPS en teléfonos móviles estaba aún en pleno desarrollo y se preparaba para ser lanzado en dispositivos como el iPhone de primera generación al año siguiente. Nosotros todavía no contábamos con esa tecnología, por lo que dependíamos de las indicaciones verbales para alcanzar nuestro destino.

La mañana siguiente llegó. Nos levantamos temprano, llenos de emoción y listos para encontrarnos con este nuevo cliente potencial. Tomamos nuestras notas y seguimos las indicaciones proporcionadas. Nuestro destino no estaba lejos de la Agencia; en realidad, se encontraba a tan solo diez minutos en automóvil. Durante el trayecto por la autopista, el flujo del tráfico era suave y nos permitía avanzar con facilidad.

A medida que nos acercábamos, empezamos a notar que nunca habíamos estado en esa zona antes. El nombre del condado, Bonita, California, llamó nuestra atención y despertó nuestra curiosidad.

Sin embargo, nuestra sorpresa fue aún mayor cuando, siguiendo las indicaciones que llevábamos escritas en una pequeña libreta, se nos pedía salir de la autopista y adentrarnos en el condado. Al tomar la lateral de la autopista 54 y doblar la esquina, los ojos de Mony se iluminaron. Desde una pequeña colina se reveló ante nosotros un paisaje de casas anidadas en complejos residenciales, ocultos en pequeños valles artificiales. Aquello les confería una gran privacidad y una vista impresionante, transformando el lugar en lo que parecía un pueblito salido de una escena de película.

La siguiente indicación era clara y sencilla: llegar al semáforo y girar a la derecha en la siguiente salida. El semáforo estaba a pocos metros y tuvimos que detenernos ante la luz roja. Ese breve alto nos dio tiempo para observar a nuestro alrededor. Notamos que los negocios locales tenían un aspecto peculiar, con construcciones

que recordaban a cabañas de cuentos. Nos causó gracia que el nombre de la calle fuera Robinwood, lo que nos llevó a bromear entre nosotros sobre el hogar de Robin Hood, el arquetípico héroe y forajido del folclore inglés medieval.

Aunque la luz roja solo duró unos minutos, fue tiempo suficiente para que nuestros corazones se llenaran de emoción y expectación.

Al cambiar la luz, buscamos la siguiente salida y seguimos la instrucción que nos llevaría a la calle donde tendríamos la cita. Al tomarla, no pudimos contenernos y una exclamación salió de nuestras bocas:

—¡Qué hermoso!

Lo dijimos con admiración, mientras observábamos con fascinación el lugar. Sin embargo, al adentrarnos en el complejo de viviendas, notamos que los nombres de las calles no coincidían con la dirección que nos habían proporcionado. Decidimos explorar el área en busca de pistas, recorriendo el conjunto de arriba abajo, pero los nombres no parecían tener relación alguna con la dirección recibida.

Conscientes de que la información era incorrecta, abandonamos la búsqueda y dejamos a un lado la posible frustración. En su lugar, nos entregamos a la fascinación que nos despertaba estar ahí. Justo cuando nos dirigíamos a la salida, me detuve frente a una casa que ocupaba la esquina. Los ojos de Mony brillaban intensamente y casi podía ver cómo, en su mente, se formaban imágenes de nosotros viviendo allí, juntos los tres, con LOBO, nuestro amado Malamute.

De pronto, frente a esa casa, Mony exclamó emocionada:

—¿Te imaginas vivir aquí?

Mi corazón se llenó de amor y emoción al verla así y, sin pensarlo, respondí:

—¿Te gusta aquí?

—¡Me encanta! —respondió con entusiasmo.

Y, sin detenerme a pensar en el cómo, afirmé de manera absoluta:

—Aquí vamos a vivir.

Nos quedamos allí unos minutos, admirando cada rincón de aquel lugar, de esa esquina del complejo de viviendas. De pronto, el teléfono sonó, rompiendo el encanto de nuestro sueño. Era la mujer que nos esperaba para la cita.

Le informamos nuestra ubicación y resultó que se había confundido con las instrucciones: no debíamos girar en el primer semáforo, sino en el segundo, a varios cientos de metros de distancia. Retomamos nuestro camino y finalmente llegamos a la cita.

Solo un par de semanas después, Jorge, nuestro gran amigo que nos había brindado un espacio para la Agencia dentro de su negocio, entró a la oficina lleno de emoción. Nos propuso visitar una dirección al día siguiente, donde se encontraría con su agente inmobiliario. Estaba considerando comprar una casa y quería que la viéramos para asegurarse de que nos resultara adecuada, especialmente en lo que respectaba a LOBO. Si nos gustaba, él la compraría y nos la alquilaría, dándonos así un hogar para los tres y un buen código postal que serviría como referencia para construir nuestra vida en aquel lugar.

La idea nos emocionó enormemente y agradecimos a Jorge por considerarnos. Nos comprometimos a estar allí al día siguiente, tan solo esperando que nos proporcionara la dirección.

A la mañana siguiente, siguiendo las indicaciones para llegar, nos resultó muy curioso que el camino nos llevara de nuevo a la misma área donde habíamos tenido la cita en Bonita.

Nuestra sorpresa fue aún mayor cuando la indicación nos pidió salir en la misma calle por la que nos habíamos perdido inicialmente.

Nuestros corazones latían a mil por hora. Como si fuera una broma cósmica, el camino nos conducía de nuevo al complejo de viviendas en el que habíamos entrado por error apenas unas semanas atrás.

Cuando finalmente llegamos a la casa, nos quedamos sin palabras. Era la misma casa de la esquina, justo donde habíamos decretado con tanto amor nuestro deseo de vivir.

El resto es historia. Jorge compró la casa, nos asignó el proyecto de remodelarla y, seis meses después, estábamos ingresando con nuestras pertenencias.

Mony, LOBO y yo estábamos llegando a lo que, a partir de ese día, sería nuestro nuevo hogar.

Realmente había pasado. Se estaba manifestando en nuestra realidad algo que iba mucho más allá de una coincidencia. Era como elegir un solo número al azar dentro de dos millones y acertar; como colocar un pin en un mapa, seleccionar una colonia dentro de una ciudad, una calle dentro de esa colonia y un número específico dentro de esa calle... y acertar con precisión absoluta en la dirección exacta de la casa.

No cabía duda: esa magia interna había entrado en juego una vez más, demostrando su existencia y dejándonos en claro que funciona. ¿De qué manera? Aún no lo sabía, pero a partir de ese día estaba comprometido a descubrir el funcionamiento de ese misterioso poder creativo.



